

1473

El quince de Febrero de este año todavía duraba el entredicho, señal de que había continuado la discordia; levantóse después y hubo alguna tranquilidad aparente, y aún ésta duró poco tiempo; por que habiéndose apoderado de la fortaleza de Almodóvar el Conde de Cabra, hacía gran daño a la ciudad y tenía llena la campiña de caballos que embarazaban el comercio y las comunicaciones. Este suceso volvió a inquietar a Córdoba y a Don Alonso; y el Obispo tornó a poner el entredicho en todos los pueblos a donde Don Alonso fuese o donde estuviese a 19 de Octubre. El rey teniendo noticia de tantos disturbios, envió a Jorge de Medina para que ajustase al Obispo y Conde de Cabra con Don Alonso de Aguilar; pero no tuvo efecto esta diligencia por que los ánimos estaban muy enconados y el Obispo y Conde se habían declarado por la Infanta Doña Isabel y D. Alonso por Doña Juana, hija dudosa del rey Don Enrique IV.

Los cristianos viejos de Córdoba miraban con envidia la opulencia de los cristianos nuevos o conversos, y de los judíos, por lo que cualquier motivo, aunque leve, era capaz de causar graves turbulencias y desórdenes. Sucedió pues, que el día 14 de Marzo, Domingo, salió la cofradía de los Santos Bartolomé e Ildefonso, que tenía su ermita en el Alcázar viejo y era de nobleza y yendo por la calle del Potro, hoy de Lucano, llevando una imagen de Nuestra Señora, una muchacha pequeña, como de siete a ocho años, desde la casa de un converso, vació agua por la ventana, y cayó en el palio bajo el cual iba la sagrada imagen. Desordenóse la procesión al ver tal desacato y los cofrades creyeron, por error o por malicia, que habían sido orines arrojados de intento, en desprecio de la imagen y de la religión cristiana, por lo que muchos quisieron arrebatadamente poner fuego a las casas de los conversos. El que más se distinguió, excitando a la venganza, fué un herrero, diciendo, «¡Viva la fe de Dios! ¡cómo entre cristianos se sufre tal oprobio hecho a la religión, que merece el castigo de quemar al converso y toda la casa!» Acometieron a poner en ejecución el mal consejo del herrero; pero un caballero llamado Pedro de Torreblanca, escudero del Alcaide de los Donceles, previendo los daños que de tal tumulto se podían seguir, procuró sosegarlos y en premio de su buena intención le acometió el herrero y le dio una cuchillada. Acudieron unos a favor de Torreblanca y

otros a favor del herrero, y se comenzó una gran pelea. Los que sacaron las espadas por Torreblanca, obligaron al herrero y a los de su bando a refugiarse en el Convento próximo de San Francisco. Sabiendo lo que pasaba, don Alonso de Aguilar acudió a caballo y armado al lugar de la contienda, y enterado del hecho del herrero lo sacó, con engaño dicen, de San Francisco, y el herrero le dijo palabras soberbias y descomedidas, por lo que Don Alonso lo atravesó con su lanza, de parte a parte, y según unos, murió allí mismo, y según otros llevándolo a su casa, junto a la Ermita de los Reyes que estaba cerca de la Fuenseca, y lo depositaron en la parroquia de San Lorenzo. Con la muerte del herrero pareció apaciguarse el tumulto. Los conversos desde luego, viendo lo que pasaba y el peligro en que estaban, se encerraron en sus casas y procuraron esconder sus más preciadas alhajas y prevenir armas para defenderse.

En este estado salió la voz de que el herrero había resucitado, y era que parecía moverse por que se movía un perro que se había metido debajo de la ropa del difunto, como se vió después. Con esto se recrudeció el tumulto y el populacho desenfrenado empezó a poner fuego y a saquear las casas de los conversos, matando a cuantos pudieron, sin perdonar edad ni sexo y no hubo especie de crueldad que aquellos cristianos sin religión no ejecutasen en aquella mísera gente; tanto que un hombre malvado para quitarle prontamente la camisa a una hermosa doncella a quien había despojado de los vestidos, sacó un cuchillo y se la rompió por delante hiriéndola al mismo tiempo en el pecho y vientre. Generalizóse el tumulto y Don Alonso con alguna gente se dirigió a San Agustín, confiado en el respeto y amor que todos le tenían; pero venció el odio y la codicia, pues los que allí estaban, capitaneados por Pedro de Aguayo, hombre de calidad pero de malas costumbres, le principiaron a tirar piedras y armas arrojadas y peleaban tan denodadamente que Don Alonso tuvo que retirarse al Alcázar a donde acogió a gran parte de los conversos que reservaron allí alguna hacienda. Duró el desorden dos días y al tercero se pregonó que saliesen de Córdoba todos los conversos y sus familias para no volver más a ella.

Mientras duró el estrago muchos tuvieron lugar de salirse de la Ciudad buscando algún asilo en su desgracia y algunos fueron despojados en los caminos sin conmiseración alguna. Don Alonso los mandó a su villa de Aguilar y algunos se fueron a Palma, don-

de hallaron piedad en el Conde de aquella villa Don Luis Portocarrero. El mal ejemplo de Córdoba fué causa de que en varios pueblos se ejecutase la misma tragedia, como Montoro, Adamuz, Bujalance, Rambla, Santa Ella, y algún otro y se hubiera hecho lo mismo en Baena si no lo hubiera impedido el Conde de Cabra. Este fuego pasó a Sevilla y algunos pueblos de aquel reino, lo que ya no pertenece a nuestra historia.

El Obispo Don Pedro de Córdoba y Solier, salió de Córdoba sin querer alzar de todo punto el entredicho que había suspendido hasta el día de San Juan. Don Alonso y el consejo sentidos de ésto, interpusieron algunas apelaciones que el Obispo no otorgó, por lo que le tomaron mucha parte de su trigo y cebada, así en Bujalance como en Cañete, acaso por amenazarle con la pérdida de sus temporalidades, si ya no le obligase la carestía de aquel año y ocuparon también las rentas de otras personas eclesiásticas. Súpolo el Obispo y de nuevo declaró excomulgados a Don Alonso, a Juan Ruiz de Saavedra, a Juan Dávila, criado de Don Alonso y a Fernán Ruiz de Guadalupe, escribano público y mayordomo del cabildo eclesiástico, y mandó poner entredicho en Córdoba y todas sus ermitas, extramuros y en todos los lugares donde cualquiera de ellos fuese y despachó mandamiento en Baena, villa del Conde de Cabra, a seis de Octubre.

1 4 7 4

(En 15 de Diciembre comienza el reinado de los Reyes Católicos),

El Obispo Don Pedro de Córdoba vino a esta ciudad donde permaneció dos meses, se reconcilió con Don Alonso, perdonándose las ofensas pasadas y comieron juntos. Con este motivo se hizo una solemne procesión a Santa María de las Huertas, con mucho júbilo del pueblo que deseaba la paz; pero ésta no fué muy duradera.

Como no se habían extinguido los odios entre las dos casas de Cabra y Aguilar, el mariscal Don Diego Fernández de Córdoba, primogénito del Conde, por vengarse de los agravios pasados, el día de Septiembre, antes de amanecer, escaló y tomó la villa y castillo de Santa Ella, que tenía por Don Alonso de Aguilar su hermano Gonzalo, después célebre con el nombre de Gran Capitán, al que prendió y llevó a la fortaleza de Baena donde estuvo

hasta 1476 en que los Reyes Católicos mandaron ponerlo en libertad. Sabido el suceso por Don Alonso, juntó gente y fué a recobrar su villa, que por lo fuerte del sitio fué defendida con más daño de los sitiadores que de los sitiados. Sin embargo perseverara Don Alonso hasta rendirla; pero le llegó nueva de la muerte del maestre Don Juan Pacheco en el sitio de la fortaleza de Trujillo en primero de Octubre y temiendo que por esta causa se originasen algunas revueltas en el reino, no juzgó prudente abandonar a Córdoba por Santa Ella y levantó el sitio.

Luego que tuvo noticia del cerco, el Conde de Cabra principió a buscar gente y el favor de sus amigos para mantenerla y con mayor ánimo y esperanza cuando supo la muerte de Don Juan Pacheco, tan amigo y parcial de Don Alonso en cuyo odio y del Marqués de Cádiz, Don Enrique de Guzmán Duque de Medina Sidonia le envió 300 lanzas con don Martín su hijo, las cuales llegaron a Baena a tiempo que Martín Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles que estaba en Castro, deseando aunque seguía el partido de Don Alonso, la paz entre estos caballeros deudos suyos, trató con Alonso de Palencia y Pedro de la Granada criados del Duque de Medina, procurasen ponerlos de acuerdo, lo que tuvo efecto concertándose que toda la gente saliese de Santa Ella y solo quedase allí Don Martín hijo del Conde de Cabra con los suyos, mientras se reparaba lo arruinado por las baterías en el castillo; que Gonzalo Fernández de Córdoba y los demás presos fuesen puestos en libertad; que Don Alonso y sus parciales fuesen amigos del Conde y de los suyos, y que para firmeza de estos tratos casase Don Alonso con Doña Francisca Carrillo hija del Conde. Se concertaron vistas entre éste y Don Alonso en la fortaleza de Aguilar que para este fin se entregaría a Don Luis Portocarrero, Señor de Palma; pero nada de esto tuvo efecto y Don Alonso casó con la hija del Marqués de Villena Doña Catalina Pacheco, quedando las enemistades entre él y el Conde tan vivas como antes.

El entredicho se guardó por algún tiempo; pero como la ciudad llevase con disgusto su prolongación, en 19 de Noviembre Don Alonso fué a la Catedral y ocupó las puertas con gente armada y entrando en Cabildo pidió que no se guardase el entredicho sino que se celebrase públicamente porque el pueblo estaba armado para obligar al Cabildo por fuerza, pues había robado las casas de Diego Sánchez de Castro, canónigo y Diego Hernández

presentado, racionero, diciendo no era de tolerar que el entredicho y mandato del Obispo se guardase en esta Ciudad «pues él como parte formada, e enemigo de la patria e banderizo, se había confederado con el Conde de Cabra que es enemigo capital del señor Don Alonso e está en adversidad e continúa guerra desta ciudad e persigue en uno con el obispo de esta ciudad a los habitadores en ella con odio capital e non se movía a poner el tal entredicho con justa razon, salvo con ánimo de perseguir e fatigar e alborotar e destruir esta cibdad e a los vivientes en ella». Temieron el Dean Don Lope de Sandoval y el Cabildo, y resolvieron celebrar bajo ciertas protestas y apelaciones y celebraron públicamente, con que se apaciguó el tumulto popular, aunque no el ánimo del Obispo, pues declaró irregulares algunos prebendados y la irregularidad les duró por algún tiempo.

El Rey Don Enrique IV murió el 11 de Diciembre y la mayor parte de las ciudades y grandes reconocieron por reyes a Don Fernando y Doña Isabel, y el Obispo Don Pedro y el Conde de Cabra y sus aliados se ofrecieron pronto a su servicio. Don Alonso de Aguilar, siguiendo a su cuñado el Marqués de Villena y parciales, se declaró por Doña Juana, la hija dudosa de Don Enrique y como dominaba la ciudad y tenía las fortalezas, hizo que fuese aclamada por reina, más no pudo alcanzar que toda la ciudad siguiese su voz.

Pedro de Silva, maestresala de los Reyes Católicos vino a Andalucía, en Diciembre, a recibir los homenajes de las ciudades por ellos, y llegó a Córdoba.

1 4 7 5

El 30 de Enero, estando en Segovia, dieron poder los Reyes Católicos al Conde de Cabra, para ajustar treguas con el Rey de Granada, sabiendo lo amigo que era de Aly Abul Hacen, no siendo conveniente por entonces guerrear con el granadino y le nombraron adelantado. Llevólo a mal Don Alonso de Aguilar y estimulado de la enemistad que tenía con el Conde y del enojo que había concebido contra el rey de Granada desde el año de 70 en que éste había concedido a Don Diego Fernández de Córdoba el seguro de su capital para el desafío, entró en los dominios mahometanos contraviniendo a la tregua y taló campos y cogió ganados y cautivos y a su vuelta causó grandes daños en las tierras del

Conde. Provocado con este hecho el rey de Granada, resolvió vengarse de Don Alonso y entrando por los términos de Aguilar, Montilla y demás pueblos de su estado, destruyó los campos y cautivó todas las personas que pudo, vasallos de Don Alonso, sin tocar en los pueblos del Conde ni de sus aliados. Con esto se enconaron más los ánimos si era posible, y no había seguridad en parte alguna, sino robos, violencias y homicidios.

La noticia de estos desafueros y daños llegó a conocimiento de los Reyes y enviaron por Corregidor a Córdoba a Diego de Merlo para que solicitase de Don Alonso que restituyese al Conde la presa y reparase los daños hechos, y al mismo tiempo pusiese la paz a estos señores. Vino a Córdoba el Corregidor y conociendo que era el árbitro de ella procuró intimarse mucho con él y así pudo, sin oposición, administrar justicia y conseguir que Don Alonso le entregase a Monturque en prenda hasta dar satisfacción de los daños al Conde.

Merlo empezó a castigar a los delincuentes que se quejaban de que Don Alonso y otros caballeros no los protegían. Sucedió pues que el Alcalde mayor llevaba un día dos homicidas presos y de acuerdo con Don Alvaro y otros caballeros salieron algunos a quitarlos; defendiéronse los ministros y el alcalde y hubo una reñida pendencia en que éste fué herido. Sabido por Merlo lo que pasaba a su Alcalde acudió con alguna gente y clamando *Favor al Rey y a la justicia* se metió en el tumulto; pero, cosa propia de aquellos tiempos, se puso tanta gente de parte de los reos que para salvar la vida se vió precisado el Corregidor a tomar iglesia en la Parroquia de San Lorenzo y cerrar las puertas. A los ecos del tumulto acudió Don Alonso cuando ya Merlo estaba refugiado en la Iglesia y viendo que no querían abrir las puertas los que estaban dentro, incitó a la gente a que las rompiese, más no se atrevió a cometer tal sacrilegio, aunque tumultuada. Entonces Don Alonso mandó llamar 70 de sus esclavos mahometanos, los cuales no tuvieron reparo en hacerlas pedazos y sacaron al Corregidor que fué enviado por Don Alonso a la fortaleza de Aguilar. Don Alonso se disculpó con la reina, de tal osadía, diciendo: que había puesto a Merlo en Aguilar para que le restituyese su villa de Monturque; y la prudentísima reina tuvo a bien disimular un delito tan enorme por no encender más los ánimos y se contentó con mandar que pusiese en libertad a su Corregidor.

1 4 7 6

Estando la reina en Valladolid dirigió una carta a la ciudad y Obispo de Córdoba, pidiendo le prestasen para resistir al rey de Portugal la mitad de los tesoros de oro y plata y la mitad de la renta de un año de las fábricas de las Iglesias y Monasterios, y habiéndole dado cumplimiento el Obispo Don Pedro de Córdoba y Solier, por medio de su provisor y vicario general, el honrado Simón López de Valenzuela, canónigo, su apoderado, a causa de hallarse el Obispo en San Jerónimo, padeciendo tercianas.

1 4 7 7

El Conde de Cabra fué a Sevilla a besar la mano a los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, acompañado de sus hijos y yerno Martín Alfonso de Montemayor, a los que recibió el Rey con mucho gusto y agasajo y conferenció con el Conde sobre muchas cosas tocantes a Andalucía.

1 4 7 8

Después de haber pasado los Reyes Católicos algunos meses en Sevilla, fueron a recobrar algunas ciudades y villas de Andalucía y a fines de Septiembre salieron para Córdoba, a donde llegaron a fines de Octubre, el 24 y por primera vez. Entraron acompañados del Obispo Don Fr. Alonso de Burgos y fueron recibidos con mucho júbilo y fiestas y aclamaciones. Salió la nobleza y entre sus individuos Don Alonso de Aguilar, que tan famoso era. El rey lo presentó a la reina, la cual se alegró de conocerlo y aludiendo a sus rebeldías pasadas le dijo: Vos, Don Alonso, no quisierades que oviese reyes en Castilla. A lo que contestó Don Alonso: Antes, prometo a vuestra alteza holgara oviesé muchos. Luego mandaron a éste que entregase los Alcázares, Calahorra y demás fortalezas que tenía de la ciudad y que saliese de ella. Hicieron que los Caballeros volviesen a la ciudad los propios que le tenían usurpados, y recibieron las fortalezas de Santa Ella, Castro del Río, Bujalance, Montoro y Hornachuelos, donde pusieron Alcaldes. Nombraron Corregidor de Córdoba, que a la sazón no lo había, a Garci Fernández Manrique, y le dieron la Alcaldía de los Alcázares. Hízose pesquisa de los malhechores, muchos de los

cuales se ausentaron por el temor y otros sufrieron el castigo de sus delitos con que a todos se infundió pavor, y se afianzó la quietud, paz y tranquilidad del reino de Córdoba.

El Arzobispo de Toledo, Don Alonso Carrillo, había influido mucho en que la reina fuese declarada sucesora de los reinos de su hermano Don Enrique IV y casase con Don Fernando; pero se mudó tanto después por no haber hecho los reyes algunas mercedes exorbitantes que pedía, que con obstinada dureza se unió con el rey de Portugal y otros parciales para derribarlos del trono. Los reyes no omitieron diligencia por atraerle y reconciliarse con él, pero a todo estuvo inflexible. Viendo esto el Arcediano de Toledo, Don Tello de Buendía, de cuya prudencia se había valido el Arzobispo para enviarlo a la reina cuando era princesa, lastimóse mucho de su tenaz empeño, y le hizo presente el miserable precipicio a que caminaba. Ofrecióse gustoso a reconciliarle con los reyes y el arzobispo, sordo antes a los ruegos de los reyes y de sus parientes y amigos, le oyó con afabilidad y agrado y puso en sus manos su desempeño. El Arcediano vino a Córdoba, y aunque halló a los Reyes muy irritados contra el Arzobispo, les pidió perdón de los yerros de su Prelado y recordó los grandes servicios que les había hecho con tanta sumisión y prudencia que ablandó a los reyes, y volvieron a recibir al Arzobispo en su antigua gracia.

1479

Mandaron los reyes que los judíos permaneciesen en el barrio en que estaban y que se pusiesen puertas en los dos arcos viejos, como se hizo, costando las puertas 7.900 maravedís; mas el Corregidor, Don Francisco Valdés, inducido por ciertas personas, mandó después que bajo ciertas penas se fuesen a vivir al Alcázar viejo, lo que era perjudicialísimo a los judíos porque tenían que dejar sus casas y sinagoga de nuevo, por lo que la aljama representó al rey estos perjuicios, y el rey en atención a que estaban separados y cerrados con las puertas que se habían puesto y apartados del trato de los vecinos, como lo tenía ordenado, mandó que se estuviesen los judíos donde estaban, y conminó con ciertas penas a los que lo contrario hiciesen y tomó a los judíos bajo *su guarda e amparo e defendimiento* real por cédula fecha en Cáceres en 16 de Marzo de 1479.

El Ayuntamiento mandó pregonar que ningún vecino ni morador ni mesonero de esta ciudad y de sus arrabales acogiese a moro ni judío alguno en sus posadas y mesones, so pena de 10.000 maravedís, y que los tales moros y judíos se vayan cada uno con los de su ley.

Fué Don Alonso de Aguilar uno de los grandes que enviaron gente a Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, frontero entonces contra los portugueses que hacían la guerra a Castilla y Gonzalo Fernández de Córdoba llevó la gente de su hermano, con la que asistió a la batalla de Albuera, que ganaron los Reyes Católicos, habiendo contribuído muy señaladamente a esta victoria con su valor, Gonzalo de Córdoba.

1 4 8 0

El sábado 9 de Diciembre, por que no llovía, subió el precio del trigo a 80 maravedís la fanega. Desde el 19 del mismo mes principió a llover y no cesó en todo él.

1 4 8 1

Llovió el mes de Enero hasta el día 27 sin cesar de día ni de noche, por lo que fué tal la creciente del Guadalquivir que llegó el agua hasta las gradas de la Parroquia de San Nicolás de la Ajerquia y anduvieron los barcos por la calle que va de la Curtidería a la Mancebía (era una calleja que había al lado de la Posada de la Madera) y arrancó el agua el tejado del Molino de Martos.

Padeció Córdoba la peste.

1 4 8 2

Diego de Merlo y el Marqués de Cádiz tomaron a Alhama la noche del 27 de Enero, no sin gran resistencia de los habitantes. Los cristianos, por Marzo pidieron socorro al Conde de Cabra, a Don Alonso de Aguilar, a Garci Fernández Manrique y a Martín Alonso de Montemayor, y al Alcaide de los Donceles Don Diego Fernández de Córdoba. La carta del Marqués de Cádiz llegó a manos de Don Alonso de Aguilar el lunes 4 de Marzo cuando este valeroso caudillo se hallaba junto a Archidona hacia el arroyo del Ciervo, en la pasada de Loja. Pedían que luego fuesen con toda la

gente que pudiesen aprestar y se juntasen con ellos en el puerto de Zafarraya y les avisasen el día y hora de su llegada. (Nos parece extraño que el Rey de Granada estuviese sobre Alhama y que los sitiados pidiesen que el socorro se juntase con ellos en el puerto de Zafarraya), Don Alonso marchó a socorrerlos, pues estaban sitiados por el rey de Granada, con Gonzalo su hermano, que tan famoso había de ser en adelante, y con la gente de su casa y la de Córdoba mandada por Garci Fernández Manrique, Corregidor de esta Ciudad, que serían todos tres mil infantes y mil caballos; pero Zurita dice, que se volvieron y que si no lo hubieran hecho así se hubieran perdido, por que el rey de Granada les tenía tomado el puerto, lo que parece ser así, pues en otra relación se dice, que Don Rodrigo Ponce de León le despachó mensajeros que le aconsejasen la retirada a Don Alonso, por que el Rey de Granada noticioso de los movimientos de los cristianos había pasado de Alhama e iba a paso redoblado en busca de éstos. En tales circunstancias emprendió Don Alonso su regreso hacia Archidona y Antequera, con propósito de apercibir en breve un socorro más eficaz.

Con motivo del estado de Alhama vinieron los Reyes a Córdoba, donde se trató en su Consejo si sería bien dismantelar aquella plaza por ser necesario gran número de gente para sostenerla; pero la reina fué de dictamen «que hallándose ya resuelta la guerra contra Granada para arrojar los mahometanos de España, no convenía de ningún modo abandonar la primera ciudad tomada a los enemigos». El Duque de Medina Sidonia Don Juan de Guzmán, convocó a los caballeros de Andalucía y reunió un ejército de 50.000 infantes y 5.000 caballos. Vino el Rey a largas jornadas desde Medina del Campo, acompañado de Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque; Don Íñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla; de Don Pedro Manrique, Conde de Treviño; y de otros caballeros, y sabiendo que el Duque de Medina tenía reunido tan numeroso ejército, deseaba ponerse a su cabeza; pero tuvo aviso de que el Duque había entrado ya en el territorio enemigo. El Rey salió de Córdoba el 14 de Agosto, llevando 10.000 infantes 6,000 caballos y gran cantidad de bastimentos que eran conducidos en 25.000 acémilas.

El rey Muley Aben Hacen que sitiaba Alhama, sabida la entrada del Rey Don Fernando, levantó el sitio y el Rey se volvió a Córdoba.

Principió la conquista de Granada y en esta guerra militaron con gloria muchos caballeros y héroes cordobeses como el Conde de Cabra, Don Alonso de Aguilar y su hermano Gonzalo Fernández de Córdoba y otros que habían sido sus parciales en las pasadas revueltas; que si los dividió en otro tiempo la discordia y el deseo de mando, ahora se unieron movidos de su valor y celo de la religión para triunfar del enemigo del nombre cristiano. Córdoba contribuyó en gran manera al logro de esta grande empresa, pues además de haber sido el cuartel general y corte de los reyes en este tiempo, suministró muchos socorros y alistó valerosa y lucida gente que acaudillaba su Corregidor Garci Fernández Manrique, valiente y afortunado Capitán.

La reina de Portugal, Doña María, hija de los Reyes Católicos, nació en Córdoba en 28 de Junio y fué bautizada en la Catedral, con la pompa correspondiente. El Duque de Viseo vino a Córdoba, según parece de parte de la Infanta Doña Beatriz de Portugal a darle a la Reina la enhorabuena.

Teniendo los Reyes ánimo de tomar a Loja, mandaron a hacer grandes prevenciones y reunir el mayor número de gente que se pudiese; y así, habiendo llegado toda, como también algunas compañías de Aragón y Vizcaya, determinó el Rey salir a poner sitio a aquella ciudad, para lo que se bendijeron las banderas en la Catedral y el Rey se puso en marcha para Ecija, donde se reunió todo el ejército. En efecto, fué sitiada Loja; pero conociendo Don Fernando que necesitaba más gente, después de haber sufrido un choque desgraciado al levantar el campo, se volvió a Córdoba con deseo de tomar satisfacción del infeliz suceso.

Mientras los Reyes permanecían en Córdoba, se juntaron en ella los enviados de las iglesias catedrales de Castilla y León, que habían sido convocadas, según parece, para dar a los reyes algunos subsidios con que continuar la guerra de Granada.

Por orden del Rey salieron de Córdoba el Obispo de Gerona y Bartolomé Berrio, para solicitar la paz de Italia.

Este año se fundó la Inquisición en Córdoba a solicitud del Obispo Don Fr. Alonso de Burgos y fueron los primeros inquisidores el Bachiller Antón Ruiz de Morales, chantre; el Dr. Pedro Martínez de Berrio y el Bachiller Alvar González de Capilla, canónigos; y Fr. Martín Cazo, guardian del convento de San Francisco.

1 4 8 3

Deseando Mohamad Boabdil, rey de Granada, señalarse en alguna empresa, intentó hacer una notable entrada en el territorio cristiano y con un buen ejército llegó hasta la villa de Lucena que intentó tomar; pero saliendo con sus valerosas mesnadas el Conde de Cabra, el Alcaide de los Donceles y los pendones de los condejos del país, alcanzaron al enemigo en el arroyo de Martín González, cerca de dicha villa, y le dieron batalla, consiguiendo una completa victoria el 21 de Abril. Cayeron en poder de los cristianos veintidós banderas, novecientas acémilas con todo su bagaje, más de mil caballos y un riquísimo botín. Los muertos y cautivos llegaron a 5.000, entre ellos mucha nobleza, y a manos de Don Alonso de Aguilar perdió la vida el famoso alcaide de Loja, Aly Atar, suegro de Boabdil, el cual quedó también cautivo y fué traído a la fortaleza de Baena, después de conocido.

Estaba el Rey dispuesto para venir a Andalucía cuando se le dió la noticia de esta victoria y apresuró su venida. Salió de Madrid el 28 de Abril y a largas jornadas llegó a Córdoba el 9 de Mayo con los principales señores de Castilla. El Conde de Cabra, y el Alcaide de los Donceles Don Diego Fernández de Córdoba, salieron con un numerosísimo acompañamiento a recibir al Rey a una legua de la ciudad, el cual los recibió con muestras de mucho aprecio. Al día siguiente fueron a el Alcázar donde el rey estaba hospedado, el Conde de Cabra y el Alcaide de los Donceles, y obtenida audiencia le manifestaron cómo tenían reservado por su prisionero al Rey de Granada, por qué un rey solo de otro podía ser cautivo. Don Fernando agradeció mucho la fineza y ordenó que Boabdil fuese traído a Córdoba y el Alcaide de los Donceles mandó a Alonso de Rueda, caballero de su casa, fuese a conducirlo a Córdoba. Vino Boabdil muy cortejado y con buena escolta y todos los caballeros salieron a recibirlo por mandado del rey a una legua de la ciudad y entraron con gran concurrencia de los habitantes que habían salido a verlo. Venía en un caballo ricamente enjaezado y se aposentó en el palacio episcopal. Don Fernando mandó lo entregasen a su tío Don Enrique Enríquez, mayordomo mayor y a Rodrigo de Ulloa, los cuales por orden del mismo lo entregaron al Comendador Martín de Alarcón, alcaide de Porcuna, que pocos días después lo llevó a su fortaleza.

La madre de Boabdil, Aixa, sabiendo que estaban los reyes en

Córdoba envió personas de su confianza a tratar de la libertad de su hijo, ofreciendo al Rey la de cuantos cautivos cristianos había en sus dominios, que Boabdil sería su vasallo y le daría 12.000 doblas de oro todos los años. Don Fernando, en atención a esta propuesta, celebró un consejo con los principales señores para resolver lo que debería hacerse. El Maestre de Santiago, Don Alonso de Cárdenas, y otros fueron de dictamen que no se le debía dar libertad, pero el Marqués de Cádiz y Conde de Cabra fueron de contrario parecer, porque restituida la libertad de Boabdil era consiguiente que él y su padre se hiciesen cruda guerra, lo cual, disminuyendo las fuerzas de los mahometanos, haría más fácil la conquista de Granada. El Rey no quiso resolver el asunto sin saber la opinión de la reina, que estaba en Vitoria, para lo cual le despachó un correo, y la contestación de la reina fué que le parecía más acertado el dictamen del Marqués de Cádiz. Entonces resolvió el Rey ponerlo en libertad con las condiciones propuestas y mandó al Conde de Cabra avisase a Martín de Alarcón, trajese de Porcuna a Boabdil, como se ejecutó, saliéndole a recibir el Conde de Cabra y otros señores que lo llevaron al Alcázar, donde lo esperaba el Rey con toda majestad y aparato. Acompañaban al Rey el Gran Cardenal de España, Don Pedro González de Mendoza, el Duque de Villahermosa, el Duque de Nájera, el Obispo de Plasencia, el Conde de Aguilar, el de Luna, el de Monterrey, el Obispo de Jaén y el de Cuenca, y Don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León, el Marqués de Villena, Don Fadrique de Toledo, hijo del Duque de Alba, Don Alonso de Estúñiga, Don Tello de Aguilar y otros caballeros.

Así que Boabdil se vió en la presencia del Rey Don Fernando, hincó la rodilla y pidió la mano para besársela; mas éste no quiso dársela y le abrazó y le habló con mucha afabilidad y cortesía, y habiendo llegado a tratar de concierto lo hicieron con estas condiciones: que prometiese obediencia y vasallaje al rey de Castilla y que cada año pagase el tributo de 12.000 doblas de oro; que viniese a las Cortes del reino cuando fuese llamado; que por cinco años pusiese en libertad 400 esclavos cristianos y para seguridad habría de dar en rehenes a su hijo mayor con otros doce hijos de los principales señores de Granada. Con estas condiciones le dió el Rey la libertad, y permiso para volver a su reino.

La madre de Boabdil así que supo la libertad de su hijo envió los principales caballeros que estaban a su obediencia para que lo

acompañasen y una gran cantidad de doblas al Rey Don Fernando por el rescate y cuantos cristianos cautivos había en sus estados con los rehenes que se habían pactado para seguridad de la capitulación. El Rey Don Fernando, a cincuenta caballeros que habían venido por Boabdil, regaló preciosos vestidos, caballos y dinero para el camino.

Cuando el moro vió a su hijo único, que dejaba cautivo en tierra extraña, se enterneció y estrechándolo entre sus brazos dijo: «en hora infausta y bajo infausta estrella nací, con razón me llaman *el desgraciado*, pues los mismos males que mi padre me acarrea a mí ocasiono yo a mi hijo». Pero sirvió de mucho consuelo al afligido padre el piadoso afecto que los Reyes manifestaron al joven príncipe, pues entregándolo al Alcalde Martín de Alarcón, dieron a éste las órdenes más estrechas para que lo tratase con todo esmero y le tuviese todas las consideraciones debidas a su tierna edad y alto nacimiento.

El día 2 de Septiembre se presentó a las puertas del Palacio Episcopal una guardia de honor para escoltarlo hasta la frontera de su reino. Al separarse de su hijo volvió el Rey a abrazarlo, pero sin pronunciar palabra, por no manifestar la agitación de su espíritu. Montó a caballo y sin volver atrás el rostro se apresuró a partir, temiendo descubrir, a pesar de su afectada serenidad de Rey, la debilidad de un tierno padre. Salió Boabdil de Córdoba acompañándole el Rey hasta corta distancia, donde se separaron. En su tránsito por los pueblos se le hicieron los honores correspondientes a una persona real, escoltándole los adelantados de Andalucía y capitanes de la Frontera hasta dejarlo en sus dominios.

Don Fernando y Doña Isabel atendieron y obsequiaron mucho a los ilustres caballeros que habían vencido al Rey Boabdil, Conde de Cabra y Alcaide de los Donceles, y el primer domingo que estuvieron los Reyes en Córdoba cenaron con ellos en presencia de toda la corte, que asistió aquella noche al Alcázar con todo el lujo y esplendor que distinguía a la nobleza castellana. Para mostrarles más reconocimiento, pasados pocos días concedieron a ambos varias mercedes y la facultad de añadir a sus armas la efigie de un rey moro atado con una cadena de oro al cuello y de orlar el escudo con veintidós banderas en memoria de otras tantas que habían ganado a los moros.

Dadas las providencias necesarias en Andalucía y expedida una

rigurosa orden para que no se introdujesen mantenimientos algunos ni mercaderías en el país de Granada, que obedecía a Aly Abul Hacen, y habiendo encomendado la guardia de la frontera a sus capitanes, el Rey Don Fernando marchó al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Se celebró el primer Auto de Fe.

1 4 8 4

Continúa la guerra de Granada y la Reina Doña Isabel la Católica se mantuvo en Córdoba para proveer al ejército de lo necesario y dar calor con su proximidad a los que estaban en campaña. Llegó el Rey a Córdoba el 14 de Julio y despidió la gente; pero por Septiembre salió el Rey de esta ciudad para poner cerco a Setenil, que tomó por capitulación; después taló la comarca de Ronda y volvió a reunirse con la reina que iba a Sevilla, donde entraron juntos el 2 de Octubre. Tuvo lugar el segundo Auto de Fe.

1 4 8 5

Abdalá, por otro nombre el Zagal, tío de Boabdil, en el mes de Febrero trató de sorprender a éste en Almería, donde moraba retirado; mas habiendo logrado escapar de las manos del feroz tío, salió precipitadamente de la ciudad y no teniendo asilo alguno entre los suyos, se vino a Córdoba por caminos desusados acompañado de unos sesenta parciales suyos que le quisieron seguir. Las autoridades de esta ciudad recibieron a Boabdil con benevolencia y aparato y los reyes, fieles a los tratados, le ofrecieron ayudarle a tomar venganza. Con este motivo los de la frontera de Ecija y Jaén hicieron entradas en el reino de Granada y el Conde de Cabra, con algunos hijosdalgo y aventureros, llegó a las inmediaciones de Granada y sostuvo una porfiada escaramuza con las gentes que mandaba el Zagal.

Con motivo de haber picado algunas enfermedades en Sevilla los reyes que estaban allí pasaron a Córdoba con sus hijos donde se hallaban el 26 de Marzo y esperaron la gente para empezar la campaña; y llegado el tiempo se juntaron veinte y cinco mil infantes y doce mil caballos, con igual número de gastadores y oficiales y unos mil y quinientos carros. Salieron el 15 de Abril, dirigiéndose por el Pontón de Don Gonzalo, hoy Puente Genil, a tierra de Málaga, con intención de tomar a Coin, Cártama y Ca-

sarabonela. También se ganó a Ronda en esta expedición el 22 de Mayo y cuando la reina Doña Isabel, que se había quedado en Córdoba lo supo, mandó dar gracias a Dios y envió muchos efectos para el culto de las Iglesias de la Ciudad conquistada. Muchos vecinos de Córdoba fueron a poblar a Ronda y tuvieron repartimiento. El Rey envió a Córdoba los cautivos cristianos que había sacado de Cártama, Ronda y demás lugares, que eran cuatrocientos diez y siete. La reina los recibió en procesión y dando a Dios gracias; y distribuyó vestidos y dinero a los necesitados. El Rey se volvió a Córdoba donde entró el 25 de Junio y fué recibido con grande pompa y alegría por los dos cabildos. El Rey volvió a salir a campaña por Agosto y se dirigió a tomar los castillos de Cambil y Alhabar, próximos a Jaén, como en efecto lo hizo y luego se marchó con la Reina a Toledo.

1486

Los Reyes Católicos volvieron a Córdoba por Abril. (¿No sería el de Enero, pues que el 20 de Enero de 1486 fué la primera entrevista de Colón con los Reyes aquí mismo en Córdoba y la ulterior Junta del Prior del Prado, Fray Hernando de Talavera?) Don Gutierre de Cárdenas, Comendador mayor de León y el general de la Artillería, Francisco Ramírez, se adelantaron por orden del rey a juntar las tropas, prevenir la artillería y tener pronto lo necesario para la campaña. Principiaron a concurrir las gentes de Galicia, Castilla, León, Vizcaya y Asturias; de los grandes, llegó el Duque del Infantado, con 500 lanzas y otros tantos infantes; el Duque de Alburquerque, el Marqués de Cádiz y los Condes de Cibra y de Ureña. El Cardenal Don Pedro González de Mendoza envió su gente con Juan de Villanúño. Llegaron también los maestros de Santiago y Alcántara, Don Pedro Enríquez, Adelantado de Andalucía, Don Alonso de Aguilar.

De los reinos extranjeros vinieron a militar en esta expedición varios caballeros franceses y uno inglés llamado el Conde de Rivers, que traía cien escuderos. Reuniéronse asimismo los pendones de Sevilla, Carmona, Jerez, Ecija, Ubeda, Baeza y Andújar, con los que hallaron los Reyes 40.000 infantes, 12.000 caballos y 2.000 carros para llevar la artillería y 50.000 acémilas y más de 6.000 gastadores. Salieron contra Loja, de que se apoderaron en 29 de Mayo e inmediatamente Don Fernando envió noticia del suceso a

la Reina que estaba en Córdoba, la cual pasó a la Catedral y en procesión a la Parroquia de Santiago, a dar gracias a Dios y al Apóstol por tan señalado beneficio. Después salió la reina para el sitio de Moclin, acompañada de la Infanta Doña Isabel.

Los reyes se volvieron a Córdoba, donde estaban el 15 de Julio y fueron recibidos con grande regocijo, y según costumbre dieron gracias a Dios en la Catedral. Arregladas las cosas de Andalucía y de la frontera, salieron los reyes de Córdoba y marcharon a Medina del Campo con ánimo de castigar la rebelión del Conde de Lemus, Don Rodrigo Osorio, que quebrantando las treguas que el rey había puesto entre él y el Conde de Benavente, había tomado a Ponferrada echando de la tenencia a Jorge de Avendaño, Alcaide del Rey.

A principio de este año vino a Córdoba el insigne cosmógrafo y navegante, Cristóbal Colón, para proponer a los Reyes su proyecto de descubrimientos marítimos y se hospedó en el convento de Nuestra Señora de la Merced, en la celda del Maestro Fr. Jorge de Sevilla, que después fué provincial de su orden.

Colón se llevó por capellán de sus navegaciones al vicario de este convento, Fr. Juan Infante, natural de Jerez de la Frontera, el cual fué el primer sacerdote que pisó el Nuevo Mundo y tuvo la gloria de haber dicho la primera misa en aquel continente.

Colón se entrevistó con los Reyes a la llegada de éstos y para juzgar la proposición nombraron al Prior del Prado, Fray Hernando de Talavera, que al año siguiente fué Obispo de Avila. El Prior convocó la «Junta de letrados y marineros», que declaró los proyectos de Colón de quiméricos. Las Juntas actuaron en Abril.

1487

Estando los Reyes Católicos en ánimo de continuar la guerra de los moros, convocaron a todos los Señores, Ciudades y Villas para que el 25 de Marzo concurriesen a Córdoba con sus gentes y el Rey partió a Andalucía y llegó a Córdoba el 2 de Marzo donde llegó asimismo la reina antes del 6. Para el día señalado se juntó un ejército de 50.000 infantes y cerca de 20.000 caballos y 8.000 gastadores y oficiales. Todas las personas de distinción salieron con el Rey en esta Campaña y además de los caballeros cordobeses que estaban en las fronteras salió el Corregidor Garcí Fernández Manrique, con el pendón de la Ciudad, que siguieron muchos

voluntarios del reino de Córdoba. Convocado el consejo se determinó tomar a Vélez Málaga, y el día de la salida Sábado de Ramos 17 de Abril, a las dos de la madrugada se sintió un espantoso terremoto que conmovió la ciudad e infundió pavor en las gentes tímidas y agoreras que de tal suceso presagiaban una catástrofe al ejército cristiano, al mismo tiempo que otros lo celebraban como anuncio de que el imperio de los moros iba a estremecerse hasta su centro. Lejos de haber sido desgraciado el éxito de la campaña fué muy feliz, pues no solo se tomó a Vélez Málaga, para preparar la conquista de Málaga, sino que también se tomó esta Ciudad el 18 de Agosto, después de una obstinada defensa.

Tomado Vélez, ordenó el Rey que los cautivos cristianos se viniesen a Córdoba a presentarse a la Reina, como lo hicieron. Recibióles en la Catedral con sumo afecto y dió un doblón a cada uno para que se socorriesen y llegasen a sus casas. Hallándose ya el Rey en el sitio de Málaga, principió a picar la peste en Andalucía, por lo que creyeron los moros que el Rey levantaría el sitio; pero Don Fernando, para desengañarlos envió a decir a la Reina que se fuese a los reales, lo que ejecutó acompañada de toda su familia.

1 4 8 8

El rey salió a campaña y volvió a Córdoba el 15 de Julio y fué recibido en la Catedral por el Obispo Don Iñigo Manrique y por el Cabildo, a donde fué a dar gracias a Dios por las conquistas de varios lugares.

1 4 8 9

Estando en Córdoba el Rey Don Fernando, en 2 de Septiembre dió a esta ciudad unas ordenanzas para su gobierno.

1 4 9 0

Acercábase el tiempo en que los reyes se apoderasen de Granada y llegada la ocasión de abrir la campaña mandaron reunir en Córdoba la gente de guerra y salió a talar la vega de Granada a 26 de Mayo, como lo ejecutó en doce días con gravísimo daño y sentimiento de los mahometanos, y después despidió la gente y se

tornó a Córdoba. Volvió a salir el Rey de Córdoba el 20 de Agosto con 20.000 hombres de infantería y 7.000 caballos para talar la veга y lugares comarcanos y se restituyó a Córdoba.

En esta Ciudad dispusieron los reyes enviar a Portugal, según los tratados, a la infanta Doña Isabel, para que casase con el Príncipe de aquel reino, Don Manuel, y señalaron para que hiciese la entrega al Conde de Feria, al Obispo de Jaén y a Rodrigo de Ulloa su contador mayor, y prevenido todo pasaron a Constantina y de allí continuaron la marcha a Portugal.

1 4 9 1

Fúndase el Convento de Santa Isabel de los Angeles, por Doña Marina de Villaseca.

1 4 9 2

A fines de Mayo de este año salieron los reyes de Santa Fe y se vinieron a Córdoba. Estando en esta Ciudad para obviar los inconvenientes que se experimentaban en las pruebas de Nobleza, determinaron por ley, que fuesen admitidos como testigos de ella los *hombres llanos*, y de Córdoba salieron para Segovia.

Salió Colón de Palos el 3 de Agosto y el 12 de Octubre pisó tierra americana.

1 4 9 3

En 7 de Enero se adoptó el acuerdo en el Cabildo Municipal de pagar a Antón Rodríguez y Alonso Díaz los dos toros que se habían lidiado en el Alcázar ante el Príncipe (o sea el Rey) (debió ser en el patio). En 16 de Octubre se tomó el acuerdo de lidiar 12 toros por «las alegrías de Perpiñán». (Devolución de Perpiñán al reino de Aragón).

1 4 9 4

El 26 de Enero, entre ocho y nueve de la noche, se sintió un fuerte temblor de tierra que arruinó algunos edificios, pero no causó desgracia de persona alguna.

Padece Córdoba la peste.

1499

En 7 de Mayo tuvo lugar un Auto de Fe.

1500

El Rey de Navarra, Juan de Labrit, vino a Andalucía a verse con el Rey Católico, para confirmar las alianzas que entre sí tenían concertadas, y llegó a Córdoba el 22 de Abril. Aunque su venida fué imprevista dió lugar a que se le hiciese por la ciudad un recibimiento como a tal personaje correspondía. El Obispo y la nobleza salieron hasta la Cruz de Hierro o Bosque de Villafranca, desde donde se volvieron y entraron por la Puerta de Plasencia, acompañándolo hasta la casa de su posada que fué la de Martín Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete, que eran la calle Barrera, junto a la ermita hoy Convento de Santa Ana. El Jueves 23 Abril determinó pasar a la Catedral y los canónigos con esta noticia procuraron despachar los oficios, para atenderlo. No se habían acabado las vísperas cuando el rey se presentó en la Iglesia. Oyó el resto, y habiéndole gustado la música, pidió cantasen otras, lo que se ejecutó con toda solemnidad. El rey quedó complacido y enseguida el Obispo Don Juan Rodríguez de Fonseca y el Maestrescuela y Canónigo, Juan Ruiz, acompañaron al Rey para mostrarle lo que de más notable contiene este famoso templo, de lo que manifestó mucha complacencia. Portóse con mucha amabilidad con todos y el viernes 24 pasó a Sevilla a ver al Rey Don Fernando. Otros dicen el último día de Abril.

Por muerte de los primeros inquisidores vino a Córdoba de inquisidor el Licdo. Diego Rodríguez Lucero, maestrescuela de Almería, hombre de genio muy acre y duro, el cual para acreditarse de ministro muy celoso de la fe y hacer méritos para mayores dignidades, empezó a tratar con exquisito rigor a los reos que estaban presos, para que declarasen otros cómplices, de lo que resultó tan crecido número de personas indiciadas así de los que eran conversos como de otras familias de cristianos viejos que se escandalizó la ciudad y casi llegó a tumultuarse. Hasta la casa del Santo Arzobispo de Granada, Fr. Fernando de Talavera, fué delatada, y trajeron presos a Córdoba a algunos criados, a su hermana y a sus sobrinos, de los cuales era uno el Deán de Granada.

En vista de esto, el Marqués de Priego y el Conde de Cábra

escribieron al Arzobispo de Sevilla, Don Fr. Diego Deza, inquisidor general y el Ayuntamiento y Cabildo eclesiástico nombraron diputados al chantre Don Pedro Ponce de León, al Arcediano de Pedroche Don Francisco de Mendoza, al Arcediano de Córdoba Don Francisco de Simancas, a Diego Ruiz de Aguayo y a Pedro de Angulo el Mozo, veinticuatro, para que representasen al inquisidor general los excesos de Lucero, que tenían escandalizada esta ciudad y toda Andalucía, y suplicasen que le removiesen de este Tribunal y viniese otro Juez que examinase los reos y procediese con la justificación que se debía. Los Diputados pasaron a Toro, donde residía el inquisidor general y hallaron a éste tan preocupado con los informes de Lucero, que solo consiguieron la respuesta de que proveería según convenía al servicio de Dios, si daban información de los excesos. Con esto se volvieron a Córdoba y Lucero continuó con más empeño manchando la opinión y fama de religiosos, religiosas, eclesiásticos, caballeros y otras personas cristianos viejos que componían un número excesivo y mandó derribar muchas casas con el pretexto de que eran sinagogas. Al mismo tiempo publicaba Lucero que el Marqués de Priego y Conde de Cabra favorecían a la gente infecta, por los intereses que le suministraban; y que el cabildo eclesiástico y ciudad protegían también a los indiciados y sospechosos de heregía y apostasía que había en ellos. Para remediar estos escándalos y persecuciones se dirigió asimismo un memorial al Rey, en que entre otras cosas se dice que el Alcázar donde residía el Santo Oficio estaba hecho *cueva de traiciones y maldades* y después de referirle los atentados de Lucero, del Lcdo. Lafuente y otros, se suplicaba con el mayor ahinco que S. A. viniese a Córdoba a poner remedio, seguros los que exponen, de que si el Rey accediese a ello, había de mandar que en el sitio del *Marrubial* que era donde aquellos inicuos jueces habían hecho quemar 107 cristianos inocentes y luego otros 27 más, se hiciese *casa de Mártires*. Lucero continuó cometiendo sus atrocidades por mucho tiempo.

SIGLO XVI

1501

El año de 1500, por Febrero, los moriscos de las Alpujarras irritados al ver el número de convertidos y bautizados de su nación, se sublevaron; más fueron reducidos. A fines del año, estando el Rey Don Fernando en Castilla, se sublevaron los moriscos de la serranía de Ronda; pero acudiendo allá Don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles; Juan de Benavides, Diego Venegas, Antonio de Leiva, Lorenzo Paz y otros con mucha gente de guerra, los sujetaron sometiéndose a la voluntad del rey; más no se consiguió una tranquilidad duradera; pero después en 1501 se levantaron los de sierra Bermeja y otros de las inmediaciones, a cuya reducción marchó con su gente Don Alonso de Aguilar, y murió peleando valerosamente a manos del Fehri de Benastepar, el 18 de Marzo y su cuerpo que apenas pudo ser conocido por las muchas heridas, fué traído a sepultar a la insigne Iglesia Colegial de San Hipólito, donde estaba el enterramiento de su familia.

1503

El Gran Capitán tomó Nápoles el 14 de Mayo.

1504

El Viernes Santo, 5 de Abril, hubo una tempestad entre 9 y 10 del día, acompañada de terremotos, muy general en toda España. Fueron muy copiosas las lluvias en el otoño, por lo que no se pudo sembrar y en el año siguiente no hubo cosecha.

En 26 de Noviembre murió en Medina del Campo, Isabel la Católica y se tuvo noticia de ella en Córdoba el 4 de Diciembre, por carta del Rey fechada el 26 de Noviembre.

1506

Habiendo venido a España el Rey Don Felipe I, tomó las riendas del Gobierno de Castilla en 27 de Junio y el Obispo de Córdoba Don Juan Daza, le informó de lo que pasaba con el Santo

Oficio y los parientes de los innumerables presos se quejaron del Inquisidor Mayor, Don Fr. Diego Deza, arzobispo de Sevilla y de los del Consejo de la General Inquisición, que eran el Dr. Rodrigo de Mercado, el Maestro Azpéitia, el Lcdo. Hernando de Sotomayor, el Lcdo. Juan de Tavera, después Arzobispo de Toledo y Cardenal, y el Lcdo. Sosa, y pidieron que las causas pasasen a otro Tribunal. El Rey Don Felipe mandó a Don Fr. Diego Deza se retirase a su arzobispado de Sevilla, delegando sus facultades de inquisidor general en Don Diego Ramírez de Guzmán, Obispo de Catánia en Sicilia, residente en la Corte. Luego dispuso que todos los procesos y papeles del asunto fueran vistos en el Real y Supremo Consejo de Castilla, con asistencia del Obispo de Catánia, suspendiendo de oficio al Inquisidor Lucero y ministros de la Inquisición de Córdoba. Hubiera terminado pronta y felizmente el asunto si no hubiera muerto Don Felipe en 25 de Septiembre del mismo año de 1506.

Apenas supo el Arzobispo de Sevilla el fallecimiento de este monarca, revocó la delegación hecha contra su voluntad y volvió a ejercer su jurisdicción de inquisidor general, desbaratando el plan formado; bien que luego la delegó por lo respectivo a las causas de recusación a Don Alonso Suárez de la Fuente el Saz, Obispo de Jaén y presidente del Consejo de Castilla, que antes había sido ministro de la general inquisición, encargándole proceder de acuerdo con el Consejo de Inquisición que había estado ocioso en vida de Felipe I.

En Octubre de este año (otros, según parece, ponen este suceso en principio de 1507 y en Octubre de este año. No sabemos qué fecha sea la más cierta), fueron presas algunas personas que tenían caudal, y corriendo la voz de que habían sido presos sin culpa por quitarles el caudal, con lo que se amotinó el pueblo, dicen que movido por el osado y poderoso Marqués de Priego y yendo al Alcázar entraron en él, violentaron las cárceles, sacaron los presos, que eran numerosos, prendieron al fiscal, a uno de los secretarios y a varios ministros inferiores; y hubiera preso asimismo al odiado inquisidor Lucero, si éste no hubiera huído con tiempo saliendo por un postigo y salvándose en una mula de paso largo; pero supo poner tanto miedo al Arzobispo de Sevilla que receloso de morir pronto renunció el empleo de inquisidor general. Llegado a España el Rey Católico, que estaba en Nápoles, fué nombrado inquisidor gene-

ral Don Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, el cual principió a ejercer su empleo cuando la conjuración contra el Santo Oficio era casi general, de resultas de los acontecimientos de Córdoba, de los cuales había vuelto a conocer el Consejo de Castilla y singularizaron contra la Inquisición todos los partidos del difunto Rey Don Felipe, particularmente Don Alfonso Enriquez, Obispo de Osma, hijo bastardo del Almirante de Castilla, Don Juan Rodríguez Fonseca, Obispo de Palencia, que lo había sido de Córdoba, Juan Manuel, embajadas al Papa, al emperador y a otros príncipes, de manera que el Inquisidor General Cisneros, consideró forzoso proceder con gran tiento en tan grave asunto.

Por comisión del inquisidor general, Don Pedro Suárez Deza, electo Arzobispo de Santo Domingo, procedía contra los principales eclesiásticos y seculares de la Iglesia y Ciudad, por decir que habían dado auxilio a los que habían invadido el Alcázar; y al mismo tiempo Don Fr. Francisco de Mayorga, Obispo de Tagarte, era por comisión apostólica Juez para conocer los excesos de Lucero y ministros de que se había valido y le había mandado prender por no haber comparecido a dar satisfacción de las quejas y agravios que se le atribuían, y así la reina Doña Juana mandó juntamente que entendiese en este negocio el Consejo Real. Había dado S. S. comisión al Obispo de Tagarte, por que se había acudido a Roma por parte del Marqués de Priego, de los presos y de los dueños de muchas casas arruinadas por orden de Lucero bajo el concepto de haber servido de sinagogas.

Así que se supo en Córdoba que había sido nombrado inquisidor general el Cardenal Arzobispo de Toledo, deseando el cabildo eclesiástico que los delincuentes, si los había, fuesen castigados y los inocentes absueltos y librados de tanto mal como se había levantado contra ellos, comisionaron al Arcediano de Pedroche Don Francisco Valenzuela y al Chantre Don Pedro Ponce, para que fuesen a ver al Cardenal, el que los oyó benignamente y mandó poner preso a Lucero en el Castillo de Burgos, enviando a Córdoba otros jueces inquisidores y examinar los procesos y juntar en Burgos una católica y general congregación que celebró su primera sesión el 9 de Julio de 1508, en la cual resolvió que los testigos que habían depuesto acerca de los sermones y sinagogas, notando e infamando monasterios, personas religiosas, caballeros y otros cristianos viejos, así de la Andalucía como de los puertos